

# Clarín

Precio del ejemplar \$ 0.10

Buenos Aires, Enero 20 de 1920

Año I - N.º 13



¿Nuestra diferencia?... Es que Vd. tiene la solución en las manos y nosotros el problema en el estómago.



# Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral— y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Lea Vd.

## NACHA REGULES

La última novela de

# Manuel Gálvez

que acaba de aparecer

Es una obra que, por su tendencia, deben conocer todos los hombres liberales del país.

El ejemplar \$ 2.50 m/n

Ediciones selectas

## "AMÉRICA"

Cuadernos mensuales de letras y ciencias

Número suelto 0.20

Av. Montes de Oca 1700

BUENOS AIRES

# COOPERATIVA

## ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados, aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales para ingenieros, arquitectos y dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida

# Clarín

## PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

# Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

# Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y. R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

# Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Adm. MAIPU 126

## Los periodistas

por

José M. Monner Sans

Rápido ojeo

YA hemos dejado bien establecido en nuestro anterior artículo lo que, siendo por pocos ignorado, es por bien pocos hecho público: el descrédito en que han caído los diarios ricos; a las empresas tal descrédito no les impide, sin embargo, aumentar sus ganancias, pues para lograrlo les basta con mantener cuidadosamente las nutridas columnas noticiosas del exterior y del interior. Con lo cual se demuestra que a la masa lectora le preocupa, no el editorial irónico-pomposo, no el último modelo parisien de traje femenino, no la disertación "latosa" sobre el "régimen" o la "causa", sino el atisbo de lo que en el mundo ocurre. Tan es así que, por ejemplo, sobre diez páginas de «La Nación» no alcanza a llenar una eso que allí se titula la «doctrina». Todo lo demás es, según vemos, información. Y en aquella, cabalmente donde se vierte el traicionero néctar de la sabiduría casera, una valiente colaboración de Unamuno deshace, a veces, cuantas necesidades amontonan quienes aún siendo algo «avanzados» (sic) hallábase en el citado diario al servicio del conservadorismo más rancio.

Claro está que, al lado de las hojas editadas por las entidades comerciales fuertes, aparecen otras de carácter partidista, otras más o menos independientes y con alguna orientación y, por último, los pasquines que sacan sus dineros de la turbia fuente política o que—es secreto a voces—medran gracias al «chantaje». Ahora bien: los periódicos de partido tienen la ventaja de actuar sin tapujos; a nadie engañan... Los que llamamos «más o menos independientes» (acaso sea dado citar dos en la capital) salvan un tanto el menguado prestigio de nuestro cuarto poder. Y, por contraste, los cotidianos de puro escándalo, los del sablazo limpio, constituyen ya un rico capítulo de criminología porteña.

Lo que es y lo que ha de ser

Nosotros reconocemos, sin duda, que el mal presenta hondas raíces. El redactor es un empleado que goza de mezquino sueldo; si no lleva a cuestras el peso de una conciencia incomprensiblemente rigurosa está de continuo en trance de «coimear» a su entero gusto. Y la coima—según dijimos antes en CLARÍN—no consiste sólo en la deshonrosa dádiva de dinero; la coima será la cátedra en el Colegio Nacional, el consulado en París o en Nueva York, la asesoría letrada de una sociedad anónima..., hasta—si el caso llega—cualquier cartera ministerial.

La pluma mercenaria queda siempre supeditada al negocio de mostrador y, además, a la «patota», compuesta de familias, de compinches o de amigos. La mentada patota úsase para forjar artificiales reputacio-

nes y para aplastar personalidades descolantes. Pónense en juego, entonces, con tan piadosos designios, dos resortes: el de batir el parche con algún fútil motivo y el de operar a la víctima sin dolor por medio del silencio más sistemático o con dolor por medio de malévolas alusiones o de imputaciones falsas.

El procedimiento en los asuntos políticos es parecido, ya que revela idéntica suave perversidad: se ataca al adversario o a los adversarios y, cuando conviene, azúzase a un adversario contra otro. Así es fácil observar como cierto diario conservador que alardea de independiente, inserta en sus planas—sin ninguna intención aviesa—las disputas violentas entre radicales y socialistas...

Llegado a este punto alguien arguirá, perplejo: ¿no hay, en realidad, nada aceptable dentro del gremio de los periodistas?... ¡Cómo no ha de haberlo! Lo desalentador estriba en que, poco a poco, es usual que se maleen elementos de primer orden. Acontece aquello que agudamente relataba hace años Manuel Bueno: «En las redacciones de los periódicos cuando asoma un escritor con ideas, un poco culto y dotado de cierta pulcritud de léxico, suele decirse de él con una reticencia desdenosa: «Es un literato. Luego, andando el tiempo, cuando aquél escritor ha contraído cierta anquilosis mental que le cohibe para ver el espectáculo vario del universo, cuando su pensamiento tropieza espontáneamente con el tópico y la frase hecha y avillana del todo el estilo por la descripción sistemática de la estepa política y de los sucesos pedestres que ocurren en nuestra sociedad, entonces acabamos por decir de él: «Es un gran periodista». Semejante proceso señalado por el cronista hispano repítase en buen golpe de plumíferos de aquí, constreñidos a ahogar su personalidad en el anonimato, obligados a borrar en media hora una columna de detestable prosa, apremiados por el cúmulo de temas que deben apenas desflorar con celeridad pasmosa. De ahí la improvisación a tontas y a locas. Quien no se seque el cerebro por culpa del agotador oficio es que le ayuda la suerte. ¿Y todo para qué?... Para ganar unos míseros centavos, que no dan honra ni provecho, y para comprometer la libertad personal que—como en Buenos Aires durante 1919—haga después imposible la agremiación sindical de los que reman en la misma galera.

De todos estos lamentables vicios nos habló no hace un año don Carlos Vaz Ferreira, y, resumiendo nosotros en «El Hogar» la entrevista aludida, escribíamos el siguiente párrafo sintetizando lo dicho por el autor de «Lógica viva»: «Concepto que la poca resignación en ser dorada mesocracia es un mal temible para la gente moza de ambas orillas platenses; mas concepto, también, que el caso inverso—cuyo arquetipo

encuétrase en el periodista—conduce por pésima senda a la dispersión, quizás al desperdicio de excelentes disposiciones espirituales. Personas de reconocido valer, como Blixen por ejemplo, han debido malgastar su patrimonio mental en pequeñas operaciones diarias de simples gaceteros. El periodismo absorbe y la facilidad con que arma a quien lo ejerce es, de seguro, malsana y pernicioso. Casi siempre resta interés por los problemas morales, hábita a una frivolidad elegante que está reñida, de por sí, con la seriedad de la labor intelectual.

Meditemos las palabras del ilustrado profesor uruguayo. El periodismo no puede ser sencilla merca de material medido por centímetros; no puede ser arreglo folletinesco de la sección policial, primoroso relato de la farsa mundana y pormenorizado detalle de cuanto atañe al noble deporte hípico. No puede ser, tampoco, reflejo pálido de las manifestaciones de la incipiente cultura nacional en la ciencia, en las letras, en el arte.

El periodismo ha de ser, por de contado, imparcial «información», pero ha de ser, asimismo, «comentarios», ha de ser «clara tendencia confesada» frente a los arduos problemas sociales que el progreso plantea en esta hora de avance incontestable. El periodismo sano ha de labrar el cauce para que las nuevas corrientes, desbordadas y furiosas, no sean causa de destrucción inútil o inoportuna. El periodismo, en los instantes en que todo se renueva, ha de contribuir a la reconstrucción de lo que, caído, se desmorona paulatinamente.

Enojo y esperanza

José Ortega y Gasset, al presentar al público en enero de 1915 el semanario madrileño «España», aseveraba que nacía él de una pareja bien unida: la enojo y la esperanza. El enojo contra buena parte de lo existente; la esperanza en quien podía y debía sustituir lo deformado y modificar lo defectuoso: el pueblo. Trabajo de tal «rebeldía constructora» sería el de infundir, en las sufrientes huestes laboriosas, segura confianza en sí mismas. Intensificar el enojo, pero estimular la esperanza.

Es, en suma, lo que tratamos de reazar en nuestro país el grupo de hombres jóvenes que forma el «Ateneo Universitario». Sabemos que es menester—aún admitiendo los matices—un mínimo de acción uniforme para que alcancen relativa eficacia los órganos de publicidad. Que en los diarios es imprescindible que la firma se responsabilice del contenido de determinados artículos. Que es inmoral reunir en una redacción a gentes de contrapuesta manera de pensar, supeditándolas a la pasión o al capricho del jefe de la nave. Que es peligroso e injusto pagar exiguos sueldos a los que se desangran llenando cuartillas y cuartillas. Los hombres jóvenes argentinos sabemos que el periodismo puede cumplir una útil función social cuando sin defender—so capa de razones elevadas—la conveniencia monetaria del rotativo, se expone con sinceridad, por un núcleo respetable de escritores, las opiniones serenamente maduras.



## La cuestión agraria

por

Pedro Romo

INVITADO por la dirección de CLARÍN para exponer mis puntos de vista sobre esta importante cuestión, que tan justamente preocupa a todos los hombres que no permanecen indiferentes ante los problemas que presenta la humanidad en su evolución incesante, voy a desarrollar desde estas columnas el escaso caudal de mis conocimientos prácticos, aprovechando para ello algunos datos reunidos con el propósito de presentar un informe que, por indicación del último Congreso Ordinario del Partido Socialista Internacional, fuimos encargados de confeccionar otros dos afiliados del mismo y el que esto escribe.

Se trata—bueno es advertirlo—de un problema sumamente complejo y que presenta características muy especiales en nuestro país, sobre todo en los actuales momentos, por haberse sumado a las cuestiones de carácter permanente, algunos factores circunstanciales pero que, en cierto modo, tienden a ser definitivos o, por lo menos, de larga duración.

Como este trabajo tendrá necesariamente que ser desarrollado en varios números, dada su extensión y la imposibilidad de tratar todos sus aspectos conjuntamente, voy a ocuparme en primer término de presentar el aspecto general que ofrecen actualmente las tareas agrícolas, para seguir luego enumerando, separadamente, los principales factores de lo que ha dado en llamarse la cuestión agraria.

Presenta la agricultura en nuestro país todas las características del atraso técnico, tanto en lo que se refiere a la maquinaria empleada como a los métodos de cultivo. El sistema de la monocultura, que es el generalmente empleado en nuestras campañas, es el menos conveniente y el más sujeto a riesgos de pérdidas totales, ya sea por el acridio, por los contratiempos atmosféricos o meteorológicos o por las oscilaciones contrarias de los mercados en los momentos de la recolección, que son a la vez de la venta, por cuanto no se dispone de elevadores y depósitos o de un sistema de silos que permita almacenar los productos largo tiempo, sin los riesgos actuales de la humedad, de la mariposa o del gorgojo.

El trabajo agrícola es, hoy por hoy, un trabajo ingrato, pues debe realizarse por jornadas inhumanas de labor efectuadas precisamente en los períodos más inclementes del año. La roturación y preparación de la tierra se llevan a cabo en los meses del invierno y las pesadimas tareas de la recolección y la trilla, bajo los ardientes rayos del sol de diciembre, enero o febrero. La primera de esas faenas requiere, para ser llevada a cabo en época oportuna, muchas horas diarias de labor, siendo así que los agricultores véanse obligados a dejar sus miserables lechos a las tres de la mañana para unir sus bueyes al arado o atalajar sus caballos y comenzar una jornada que, con una breve interrupción para almorzar y cambiar el tiro del arado o de la rastra, ha de prolongarse hasta la puesta del sol.

Y los hombres que soportan esas crueles tareas, viven en una forma miserable y sujetos a toda clase de privaciones. Son los verdaderos parias de esta sociedad injusta, que no valora la capacidad productora del músculo. Los lugares en que habitan no

pueden llamarse sino irónicamente casas, pues solo son pequeñas construcciones de «adobes» (ladrillos sin cocer) o «chorizos» (manojos de paja recubiertos de barro), con los que se cubre una armazón construida con tirantes y alambre y de una altura no mayor de dos metros. En esas «poblaciones», de dos o tres piezas, viven una numerosa familia y los peones necesarios para las labores de la chacra, cuyo número suele ser de 25 o 30 en las épocas de la cosecha. Su moblaje (si así puede llamarse) lo constituyen una mesa hecha con dos caballetes y algunos tabloneros, algunos bancos rústicos, uno o dos armarios confeccionados con restos de cajones, y las camas necesarias, construidas rústicamente también y con maderas usadas, sobre las que se ponen jergones rellenos de chala o paja de lino y forrados con arpillería. Las sábanas y fundas constituyen un signo de privilegio entre estas pobres gentes—y adviértase que nos referimos al chacarero,—pues la vida del «peón de chacra» vulgarmente llamado «dingera», es mucho peor aún, puesto que todo su «ajuar» de vestido y de cama debe ser tal que pueda ser transportado sobre las espaldas, dentro de una bolsa.

Estos «descamisados»—como los calificara despectivamente, el diputado doctor Antonio De Tomaso—son los pobres proletarios que la falta de colocación para sus brazos en las ciudades, arroja todos los años a la campaña en busca de una ganancia rápida para atenuar la miseria de sus hogares—a los que dejan siempre expuestos al hambre y a todas las contingencias de la miseria,—cuando no para satisfacer de inmediato el hambre propia, a que la desocupación los condena en las grandes urbes. Estos son los verdaderos mártires de nuestro atrasado e inicuo sistema agrícola; son descamisados, sí, como lo son todos los explotados del régimen burgués; pero nada más injusto que aplicarles ese adjetivo en la forma despectiva que lo hiciera quien pretende ser socialista.

Se les ve por todos los caminos de las zonas agrícolas desde mediados del mes de octubre, acampando, como los gitanos, donde les toma la noche, guareciéndose bajo las alcantarillas de las líneas férreas y preparando su alimento (mate cocido y pan duro) en latas vacías recogidas a lo largo del camino. Su llegada a los pueblos es saludada, casi sin excepción, por el comisario, quien les concede un plazo de 24 horas para que procuren trabajo o abandonen la localidad, cosa que hacen en muchos casos «colándose» en un tren de carga, de donde les hace descender la policía de la estación próxima, para apalearlos «convenientemente» y largarlos después de dos o tres días de detención, de vejaciones y de hambre. Ambulan hasta conseguir trabajo en una chacra para las tareas de la recolección, las que duran, término medio, 20 días y se remuneran a razón de 7 u 8 pesos diarios.

Esos veinte días de labor realizada a pleno sol, en los meses de diciembre, enero o febrero, según el clima, pues debe ser hecha en los días más calurosos de cada región, equivalen a muchos meses de trabajo en cualquier otra rama de la producción. A este respecto todo lo que se escriba para demostrar lo inhumano de esa labor, no será sino un pálido reflejo de la realidad.

La alimentación que se les ofrece es completamente deficiente y desagradable, pues la constituye el llamado puchero, pero no el puchero a que indudablemente estamos acostumbrados, sino un simple cocido de patatas inferiores y carne que por el calor, las largas distancias a que generalmente debe ser buscada y por los días que debe conservarse, se encuentra ya en estado de descomposición. Además, el calor, lo pesado de las tareas y la cantidad de polvo que aspiran, les obliga a ingerir grandes cantidades de agua insalubre y a beber, más o menos, un litro diario de una bebida denominada caña, que no es otra cosa que un alcohol de baja calidad, lo que les convierte en inapetentes. El desgaste físico en esas condiciones es incalculable; por eso afirmo que 20 días de estas labores equivalen a muchos meses de otros trabajos.

Terminadas las tareas de la recolección, estas víctimas de la sociedad capitalista se concentran en los pueblos de campaña a la espera de colocación en las trilladoras. Bástales una permanencia de ocho días en esos pueblos para gastar los 150 o 200 pesos ganados con tanto sacrificio en la recolección de los cereales. Todos se confabulan para que así suceda; se les incita por todos los medios para que gasten, cosa que se consigue fácilmente por cuanto aun cuando no hayan sido alcoholistas, la sed y la pesadez de las tareas recientemente realizadas, les han acostumbrado ya a ese pernicioso excitante, y una vez alcoholizados, si no se consigue hacerles gastar, se les roba sencillamente, debiendo hacerse notar que muchas veces se les roba en la comisaría a donde son llevados por ebriedad o por desorden, provocado generalmente por los amigos del comisario, del sargento o del vigilante.

En las fondas de los pueblitos de campaña, duermen en inmundo catre, hacinados 10 o 15 en una habitación, llenándose de parásitos y contrayendo por contagio toda clase de enfermedades, desde la sarna hasta la tuberculosis y la sífilis. Además, los prostíbulos de esas localidades, son verdaderos antros del vicio, donde se juega, se bebe y se baila y cuyas mujeres son en su mayor parte aquellas a las que la Sanidad no permite ejercer su triste oficio en las ciudades.

En fin, mucho más podría decirse a este respecto, pero ello demandaría el espacio propio del libro y no del artículo periodístico. Por otra parte, nos hemos propuesto estudiar brevemente la cuestión agraria y éste es solo uno de sus miserables aspectos.

## Causas del atraso de la agricultura

Muchas son las causas a que obedece el atraso técnico y económico de nuestra industria agrícola, entre otras, la inestabilidad de los chacareros, por la corta duración de los arriendos.

Con contratos de arrendamiento por uno o dos años, cuando no sin ellos, el agricultor ve obligado a realizar las mayores economías en su instalación y a tratar de extraer del predio rústico y sin ninguna mejora que le ha sido arrendado, el mayor provecho posible. De ahí las viviendas miserables de que hemos hecho mención y el sistema de monocultura extensiva, único capaz de compensar en tan corto tiempo los gastos de traslado, instalación y grandes gastos de subsistencia y elevados arren-

*Tú, que intentas ser héroe, comienza por ser ciudadano; tú, que quieres vencer al mundo, comienza por vencerte a ti mismo.*

Félix CAVALLOTTI.

damientos que son característicos de nuestra agricultura. Pero este sistema puede compensar esos gastos cuando el año se presenta favorable, tanto en cuanto al rendimiento de los sembrados como a los precios de los cereales, resultando así que el éxito depende por entero del azar.

No ocurriría esto si los arriendos fueran a largos plazos (10 años, por ejemplo) y si los contratos no contuvieran cláusulas como las que se imponen actualmente, prohibiendo al agricultor dedicar más del 10 por ciento del predio a la cría y alimentación de ganados, cultivo de la huerta, etcétera, etc. De este modo, el chacarero no puede explotar el sistema de agricultura alternada, llamado de la granja, que es, sin duda, el más productivo y seguro, pues la pérdida de la cosecha de un producto, puede ser compensada con el buen resultado de otro. Actualmente, sólo puede alternarse (en las regiones puramente cerealistas, que son las más importantes) sembrando una parcela con maíz; pero ya demostraremos más adelante las malas perspectivas que presenta el mercado de este producto por varios años.

El caso es que, comúnmente, y por más que parezca paradójico, actualmente los chacareros compran, pagando precios elevadísimos, las verduras, la manteca, el queso, la carne y otros artículos alimenticios que debiera el mismo producir, no sólo para su consumo, sino también para la venta.

Carece, igualmente, de leche, tan necesaria para criar bien a sus hijos, y de la lana para sus colchones. Todo ello debido a esa imposición de los contratos de arrendamiento, que no le permiten tener más animales que los necesarios para la labranza de las tierras, ni hacer los pozos necesarios para extraer el agua para el riego de la huerta, aparte de que ciertas legumbres y plantíos necesitan un mayor tiempo que el acordado por el contrato, debido a la pre-

paración previa que es necesario hacer del terreno. A esta causa obedece también la falta de árboles en las chacras, no ya frutales, sino de sombra para las personas y ganados, que carecen de todo reparo contra los rayos del sol estival.

Otra de las causas del atraso de nuestra agricultura, radica en la falta de transportes y medios de comunicación. Las distancias a recorrer entre las chacras y el medio de transporte y centro comercial más inmediato, o sea, el ferrocarril, varían entre una y diez o más leguas, trayectos que deben ser cubiertos en carros o «charrets», lo que hace que los chacareros vivan en completo aislamiento, ajenos por completo a los acontecimientos del mundo y aún de los de su propio país, sin que llegue a sus manos un periódico o un libro, que en muchos casos sería inútil por no saberlo leer, alejados de todo medio de ilustración, sin practicar acto alguno de sociabilidad, sin que lleguen hasta ellos ni los ecos de los progresos de la ciencia agrícola y económica y substraídos por entero a las corrientes de renovación que agitan al mundo. Sus explotadores, que lo son todos, desde el propietario del campo y el comerciante de cereales, el carnicero, el panadero, la empresa ferroviaria, el comisario de policía, el juez de paz y el cura, se encargan de que todo lo ignore el chacarero y, cuando no, de que lo entienda al revés para que tome antipatía a todo aquello que podría contribuir a su liberación. En esta canchalesca tarea se ven auxiliados hasta los vampiros de los agricultores por la llamada Liga Patriótica.

Mantiénesse así en la más completa ignorancia; cargados de prejuicios y taras mentales, predisuestos a rechazar toda innovación e inculcando a sus hijos la moral de sumisión y esclavitud heredada por ellos.

(Continuará).

## Carta abierta

## La Liga Patriótica Argentina

II

Señor Secretario de la L. P. A., doctor don Rodolfo Medina:

Consecuente con el propósito manifestado al terminar mi primera carta, continúo hoy el estudio del interesante discurso que tuvo usted la gentileza de enviarnos:

## Patria y orden

Dice usted que en estas dos palabras ha sintetizado la L. P. A. sus «finalidades» y ellas hablan, elocuentemente, de la capacidad intelectual de los orientadores de la Institución.

Hace tanta gracia ver enuncadas tales palabras que hasta cabe suponer que la persona autora de tal «síntesis» ignora el significado exacto de los vocablos. ¿Con qué criterio puede equipararse el concepto de orden al de patria? Si éste puede, o mejor aún, debe ser el fin primordial de toda nueva sociedad, aquél es sólo un accidente, deseable sí, pero en modo alguno imprescindible.

El orden, pues, sólo tiene valor como medio de llegar a alguna «finalidad». Pero muy frecuentemente el orden es obstáculo insalvable para la consecución de un alto ideal. Así, en nuestro siglo y pico de vida independiente, hemos visto que durante setenta largos años ha permanecido alterado el orden para que fuera posible la forma-

ción de esta Patria Argentina, cuya exclusividad ustedes pretenden. Y curioso es observar que todas las grandes conquistas de nuestra historia cívica se han realizado con prescindencia del orden, es decir, por medios revolucionarios.

Ruego a usted que no vea en esto una apología del sistema. Creo que el momento que nos toca vivir debe ser de absoluta paz, pero creo, también, que si ésta hemos de obtenerla al precio de todos los grandes principios democráticos que nacen en las sociedades modernas, preferible es que sucumba mil veces, antes de quedar rezagados en la vertiginosa marcha de las naciones hacia un futuro más justo y generoso.

Explicable es, en cierto modo, que ustedes equiparen conceptos tan heterogéneos, porque sus palabras demuestran acabadamente que no tienen una idea muy clara de lo que es la patria y sobre todo nuestra patria.

Dice usted: «La raza, el lenguaje, la religión, el arte, la tradición, la historia, nos dieron patria». Y en seguida afirma: «Hay un alma argentina».

Bueno, pues esto es—precisamente—lo que nos falta: un alma argentina. Y nos falta porque, a pesar de su buena voluntad, carecemos de raza, de lengua, de religión, de arte, de tradición y de historia.

Perogrullo sabe que nuestra raza es, por ahora, un conglomerado heterogéneo de las más diversas condiciones étnicas, y sabe Dios

cuántos años han de pasar antes de que logre formar una amalgama uniforme con características propias, en la cual—sin duda alguna—ha de haber un predominio absoluto de elementos extranjeros.

En cuanto a lenguaje y religión, sabe usted que usamos—a veces un poco inconscientemente—los que nos han prestado. Tiempo ha de pasar antes de que podamos expresarnos, no diré en idioma argentino, sino en un castellano que, sin corromperse, haya adquirido un cierto matiz especial. No quiero hacerle a usted el poco favor de creer que entienda por idioma nuestro, cierta prosa bárbara en que se redactan de un tiempo a esta parte los documentos oficiales y en que habitualmente expone el doctor Carlés sus amenas teorías sociológicas.

El arte carece de toda influencia en la formación de nuestro espíritu nacional. No sólo por incipiente, sino también por extranjero. Todos nuestros artistas de valía se han formado en Europa o, por lo menos, bajo la sugestión de los grandes maestros europeos, al punto de que algunos de ellos llegan al colmo de expresarse mejor en idiomas extraños al usado por nosotros.

Historia y tradición tenemos, claro está, pero he afirmado lo contrario, porque ellas no influyen en la creación de una conciencia argentina, pues se las deforma a voluntad, a fin de hacerlas servir a mezquinos intereses particulares. En esto de la deformación no he de insistir mucho porque ustedes son maestros. Viven empeñados en dar a todos sus actos un antecedente histórico, cuando la obra de la Liga es la negación misma de nuestra historia. Ella no puede tener en el pasado argentino más antecedentes que aquel grupo de capitalistas y acaparadores, capitaneados por Alzaga y Santa Coloma (nombre este último que, por lógica consecuencia, figura también en las filas de la Liga) que desde los primeros días de la revolución de Mayo se oponían a la «alteración del orden» porque no convenía a sus intereses particulares, como no puede convenir a ninguno de los capitalistas de la Liga que se altere el orden actual, porque como aquellos, pacifistas en 1810 y contrarrevolucionarios en 1812, sospechan, muy fundadamente, que cualquier cambio que se produzca en la organización social, ha de tener por objeto suprimir los privilegios de que indebidamente gozan y son—bien lo saben ellos—la causa de todo el malestar colectivo.

## La justicia social

He marcado, doctor Medina, una media docena de párrafos de su discurso que hablan de la justicia social, y, aunque a usted le parezca extraño, comparto en absoluto sus ideas, que, como he de demostrarlo más adelante, son la antítesis de lo que en la práctica sostiene la L. P. A.

Con un criterio inteligente que mucho lo enaltece, asevera usted que la base de toda paz duradera será la justa distribución de la riqueza, que es fruto del esfuerzo común. Esta es—exactamente—la opinión de cuantos redactamos CLARÍN.

Dos párrafos hay sin embargo que desentonan desagradablemente: «Las tendencias revolucionarias quieren barrer con todo lo existente para resolver un problema que en nada afecta el sentimiento de la nacionalidad. El debiera, lógicamente, quedar reducido a la justicia distributiva en el reparto del producto del trabajo».

Aquí usted sólo consigue poner de manifiesto, una vez más, que la Liga padece, en forma aguda, del delirio de las persecuciones. No es fácil, ciertamente, saber a qué revolución alude usted. El problema social está planteado, entre nosotros, en la



forma que usted califica de lógica, es decir, sólo aspira llegar a la justicia distributiva en el reparto del producto del trabajo. Las agitaciones más fuertes que ha soportado el País últimamente, sólo han tenido por objeto un mejoramiento económico de las clases oprimidas. Y si alguna vez adquiere caracteres violentos, como la reciente huelga general de Córdoba, no quiere ello decir que se pretenda abarrotar con todo lo existente. Es el resultado lógico de cualquier lucha cuando uno de los bandos extrema su testarudez.

Repase usted la «Representación de Hacendados» de Mariano Moreno y verá que una situación idéntica produjo el descontento económico que motivara un par de años más tarde, los sucesos del 25 de Mayo de 1810.

El otro de los párrafos a que aludía es el que usted dedica a reproducir parte de la pastoral del Episcopado Argentino. ¡Bendita ocurrencia la suya, doctor Medina, venir a desenterrar al Episcopado! ¡Qué valor moral pueden encerrar palabras de tal procedencia, después de haber dado a luz aquel gnomónimo manifiesto de la Gran Colecta Nacional?

Tiene usted dos párrafos acerca de la caridad por los cuales le felicito entusiastamente. Si usted sigue pensando así, doctor Medina, va a tener que renunciar a la Secretaría de la L. P. A. y soportará, además, una excomunión de monseñor D'Andrea.

#### La obra de la Liga

Pero hay algo más: entre la doctrina que usted enuncia y la obra que nosotros les vemos desarrollar, existe una diferencia profunda.

Para los que oficiamos de espectadores, la L. P. A. puede dividirse en tres instituciones, perfectamente definidas:

- 1.º una banda de matones;
- 2.º una sociedad de beneficencia;
- 3.º una asociación patronal.

La primera es, naturalmente, la que más simpatías le ha restado y es, sin embargo, a la que parecen prestar preferente atención sus autoridades. Con esta actitud la Liga va a pura pérdida. Moralmente se ha granjeado la antipatía o el desprecio de toda persona sensata, por cuanto ello implica invadir los dominios de la defunción, colocándose fuera de la Constitución, al asumir caracteres de agrupación armada y dentro del código penal, y principalmente de la ley 7029, con sus continuas incitaciones al crimen, amenazando así la vida y tranquilidad de ciudadanos cuya honestidad no le corresponde juzgar.

Y esta actitud—que en estos días acaba de serles valiente y justicieramente cohartada por el Intendente municipal de Bahía Blanca—no participa ni siquiera de la audacia viril con que el malevo comete sus depredaciones, porque ustedes, en la mayoría de los casos, realizan sus provocaciones al amparo de la fuerza pública.

Abstracción hecha de lo repugnante del procedimiento, tal campaña es de una torpeza incommensurable.

Decíale en mi carta anterior—precisamente en un párrafo que la imprenta empastó—que la solución de los conflictos sociales que hoy nos preocupan y dividen, había de venirnos de Europa. Una rápida mirada a nuestra historia da a esta afirmación un valor axiomático.

Juzgue pues, usted, hasta dónde resulta ridículo que nosotros nos aprestemos a matarnos, para hallar una solución que han de darnos, servida en bandeja, y acaso con la obligación de usarla.

Quizá esté muy próximo el día, doctor Medina, en que todos debamos mirarnos pa-

ra la realización en común de alguna magna obra, propuesta por algún nuevo aspecto de la civilización humana. ¡Qué objeto tiene, pues, ese empeño de volver a la monotonía y matarnos los unos a los otros! Piense usted que, en circunstancias especiales, hasta la vida de un «guardia blanco» puede tener alguna utilidad...

La obra de beneficencia es, sin duda, la más aceptable, porque aun cuando usted diga muy bien, que la caridad es perfectamente inútil, tiene, además del infinito encanto que le prestan las damas, la tremenda virtud de ser inofensiva.

En cambio, ese carácter de asociación patronal que cierra la trilogía de mi clasificación, resulta aún más funesta en su acción que la amenaza homicida a que antes aludí.

A pesar del cuero de carnero con que pretende vestir la Liga, sus propósitos inconfesables, adviértense éstos en todos sus actos con una transparencia cristalina. Bastaría citar en apoyo de esta afirmación—si su propia evidencia no lo hiciera innecesario—el hecho de que en todos los conflictos del trabajo, suscitados durante su existencia, la Liga ha estado siempre, incondicionalmente, de parte de los intereses patronales.

\*\*\*

Francisco de Aparicio

#### De «La bonne chanson»

(Verlaine)

*El hogar, la luz breve que en la lámpara brilla;  
El grato divagar—la mano en la mejilla,  
Y los ojos perdidos en los ojos amados;  
La hora del té humeante y los libros cerrados;  
El gozo de llegar al fin de la velada;  
El cansancio encantado y la espera adorada  
De la sombra nupcial y la noche sin ruido...  
Oh, cómo todo esto, mi ensueño eternecido  
Busca incansable, entre mil dilaciones vanas,  
Impaciente por los meses y las semanas...*

#### Solemnia verba

(Anthero de Quental)

*Dijo a mi corazón:—Mira por cuantos  
Caminos vanos fuimos. Considera  
Ahora desde esta altura fría, austera,  
Los yermos que regaron nuestros llantos.*

*Polvo y cenizas, donde flor y encantos;  
Noche, donde hubo luz de Primavera.  
Mira a tus pies el mundo, y desespera,  
Oh, sembrador de sombras y quebrantos...*

*Pero, mi corazón, que hizo valiente  
La escuela de tortura repetida,  
Y que el largo penar tornó creyente,*

*Dice:—Veo el Amor desde esta altura:  
No en vano fué vivir, si esto es la vida,  
Ni en vano el desengaño y la amargura.*

Francisco Romero

Estas son—doctor Medina—ligeramente esbozadas, las principales reflexiones que acerca de la L. P. A. y su obra me ha sugerido la lectura del discurso suyo.

Omito la respuesta a la pregunta final de su dedicatoria: «¿Cuál es el valor racional y constructivo de los que pregonan la destrucción de todo lo existente?». Primero porque he abusado por demás de su paciencia, dando a esta carta una extensión ilimitada, y segundo porque ella es hija de un error de información: desde las páginas de CLARIN nunca hemos pregonado la destrucción de nada, ni aún de aquellas cosas (el Jockey Club, pongo por caso), cuya pulverización sería ultrapatriótico desear.

Deslizóse en mi primera carta (en la segunda línea del tercer párrafo del capítulo titulado «El sentimiento nacional») un error de máquina, que tengo especial interés en salvar: donde dice «frailería», debe leerse «parlerías».

Repito a usted mi cordial saludo y el ofrecimiento de nuestras páginas para rectificar mis afirmaciones si en algo estuvieran equivocadas.

## Acerca de «Nacha Regules»

### Respuesta de Manuel Gálvez

Doctor José M. Monner Sans:

Mi querido amigo: Su carta, en CLARIN acerca de «Nacha Regules» me ha producido una intensa satisfacción; y no sólo por sus términos elogiosos y porque usted me ha comprendido, sino también porque me parece ver en ella la voz generosa de la juventud, o por lo menos la voz de ese simpático y valiente Ateneo Universitario que, desde las páginas de «Ideas» y de CLARIN, ha venido desarrollando una obra moralizadora, con admirable pujanza e inteligencia.

No ignoro a lo que me he expuesto publicando este libro. Usted prevee los ataques de cierta prensa, y sus previsiones ya comienzan a cumplirse. Pero usted sabe que no es el coraje lo que me falta, y que en mi carrera literaria he sido combatido como no lo fué ningún escritor argentino contemporáneo, salvo Lugones. Me dicen que «La Prensa» me ha tratado hostilmente. No he leído el artículo, pues tengo el buen gusto de no leer ese diario. Parece que encuentra faltos de toda lógica al libro y a los personajes. No me extraña. La lógica de «La Prensa» es la del aviso y la del centímetro, y la lógica de mi libro es la del deseo de Justicia. También parece que «El Pueblo», otro diario que no leo por razones de higiene mental, me ha zaherido con motivo de mi ofrecimiento de «Nacha Regules» a «La Vanguardia», a fin de que el diario socialista lo publicara en folletín. Tampoco me extraña. «El Pueblo» no podría comprender jamás la independencia de mi espíritu.

Aplauda usted que yo haya apartado el problema religioso. Es que el problema religioso poco tiene que hacer con el tema de mi libro. Podría, sí, haber tratado de la actitud de la Iglesia en la cuestión social. Pero esto será materia de otro volumen. Hace tres o cuatro años comencé a escribir «El apóstol», en donde me ocupaba de este asunto. Me alegro haberlo dejado para más tarde, porque en los últimos meses el tema se ha enriquecido con la obra pintoresca de la Colecta y, sobre todo, con aquel prodigioso manifiesto donde se hablaba de instalar una oficina para demostrar la generosidad de los ricos, y a los cuales se les pedía uno para que conservaran cien...

También aplauda usted que yo haya apartado el problema político. En efecto. He querido dirigirme a los seres capaces de sentir la justicia y la piedad. He querido despertar los corazones y las conciencias. Y para esto hubiera sido un grave obstáculo mezclar la cuestión política. Lo importante no era resolver los males sociales,—puesto que las novelas no resuelven nada,—ni siquiera proponer una solución. Lo importante era inquietar, mostrar cómo un mal depende de otro, evidenciar la absoluta necesidad de reformar el mundo.

Quiero aprovechar la oportunidad para referirme a la acusación de falsedad que alguien ha hecho al personaje de Monsalvat. En Monsalvat hay dos hombres: el revolucionario y el enamorado. Como muy bien dice en su hermoso artículo de «Atlántida» el perspicaz e imparcial crítico Juan Torrendell, casi no hay frase de las que dice el revolucionario Monsalvat que no haya sido más o menos dicha por innumerables individuos en Buenos Aires; ni hay en él un sólo sentimiento que no lo hayan sentido multitud de hombres. En cuanto al enamorado, ¿qué tiene de extraño que un hombre apasionado de una mujer la busque afanosamente y quiera hacerla suya, aunque para ello le sea necesario sacarla del más sucio lodo? Quienes se asombren de esto

Manuel Gálvez

#### Asuntos universitarios

### El conflicto de La Plata (1)

por

Antonio Barraza

LA Federación Universitaria de La Plata, en su afán detractor contra profesores y alumnos de la Universidad, ha pretendido desvirtuar el movimiento disidente, surgido a raíz de sus incontables mentiras y excesos, so pretexto de que algunos de sus sostenedores son empleados a sueldo de aquella, otros, parientes de profesores, y los demás, sin responsabilidad universitaria.

En cuanto a mí, lector, estoy catalogado entre los primeros. Sin embargo, no me da grima: 1.º, porque no defiendo hombres sino ideas e instituciones; 2.º, porque el menos avisado no ignora que el «neutralismo» es la actitud aconsejable para facilitar el «acomodo»; de ello se me acusa. Si triunfa la revolución, con ella; si fracasa, en contra de ella.

Esta vez—es cierto—me ha tocado estar del lado de los que mandan, diré: soy el primero en lamentarlo, pero la culpa no es mía, si por una excepción a la regla aquéllos se apoyan en la justicia.

Por otra parte, tan ineficaz ha sido la argucia, que la disidencia aumenta día a día, al par que la Federación se desprestigia y se deshace con la misma facilidad de las cosas decrepitas. Porque, precisamente, está huérfana del espíritu de justicia, siempre nuevo. Cuando él la animó fácil le fué triunfar. Todo el alumnado estuvo con ella. El Consejo Superior encontró plena razón y dispuso la reorganización total de la Facultad acusada, en su triple aspecto: didáctico, disciplinario y administrativo.

La asamblea de profesores, convocada al efecto, ratificó por unanimidad aquella medida. Hubo más: como la Federación pidiera la renuncia de las autoridades legales universitarias, éstas sometieron su conducta al voto de la asamblea: gesto elegante y democrático al cual no estaba obligado, por ningún precepto de la ley. Los profesores de la Facultad en conflicto negaronles la

ignoran en absoluto lo que es la pasión amorosa. Ya que quienes encuentran falso que un hombre como Monsalvat busque a una prostituta, y acabe casándose con ella, no han vivido ni conocen el corazón humano. ¡Por lo menos que lean, señor! Si hubieran leído a Balzac—¿cuándo se decidirán nuestros críticos y escritores a leer al más grande analista de la pasión amorosa?—recordarían que Luciano de Rubenpré llegó, por razones de amor hacia una prostituta, a las mayores bajezas imaginables, a bajezas a que no hubiera llegado Monsalvat; y eso que Luciano poseía un orgullo y unas pretensiones aristocráticas de que carece mi protagonista. Si leyeran esos señores, recordarán también que Jorge Hugon quiso casarse con Naná, mujer sin sentido moral ninguno. Y esto para no citar las novelas rusas, donde se encuentran casos semejantes. No quiero abusar de la hospitalidad de CLARIN, y sólo me queda agradecerle su carta y enviarle mis afectos.

Manuel Gálvez

confianza, con el aplauso de la barra estudiantil. El temor a la reorganización era evidente.

Sin embargo, la Federación no se satisfizo. Desde el silbido primitivo hasta el demuestro miserable le fueron útiles para exigir la renuncia del Presidente y del Consejo porque, firmemente resueltos, se disponían a cumplir el propósito de la asamblea. Hubo alumnos en aquel instituto — duele consignarlo — que habían cohechado promociones; otros, por lenidad excesiva, estaban inscriptos en años superiores adeudando asignaturas de todos los inmediatos inferiores. Los empleados cómplices habían ido, unos a la justicia, otros a la calle. Los estudiantes, en cambio, rehúan la responsabilidad amparados en un absurdo espíritu de clase.

A partir de entonces, el desprestigio moral de la Federación fué efectivo. Se agrava cuando una cáfila de mentiras constituyó el contenido ideológico de su causa. Hizo crisis cuando se excedió en los hechos: primero la pueril toma del Museo, luego el asunto delictuoso a la Universidad.

En esta oportunidad la disidencia ya latente se concretó. En un telegrama dirigido al Presidente de la República denunció a la opinión pública el hecho desdorado, velando por el prestigio universitario. Luego expuso en un preciso manifiesto su posición mental frente al conflicto y a la Federación. Esta, empero, entre el razonamiento sereno y la diatriba mezquina, optó por la segunda, y, para justificar su actitud caprichosa, las falsedades y contradicciones se sucedieron. Conviene catalogarlas: 1.º Declaró que aceptaría el veredicto de la asamblea, por cuya reunión anticipada se culpó, y luego se alzó contra él. 2.º Resuelta la reorganización de la Facultad, motivo del conflicto—como ya dije—declaró no interesarle tal asunto y si la renuncia del Presidente y Consejeros. 3.º Producidas las de



algunos de éstos, impuso su reelección (Besio Moreno), a otros se la prometió (Herrero Ducloux y Vignau) y a de la Colina lo felicitó por haberle sido rechazada la suya. 4.º Protestó del pedido de intervención hecho por el Presidente y luego se constituyó en su principal gestor. 5.º Protestó por la clausura de la Universidad y antes había declarado, por intermedio de las asambleas parciales, que no concurriría a exámenes, complicando en esta actitud a los estudiantes del Colegio Nacional. 6.º Protestó porque el Consejo no se reunía y previamente había declarado estar dispuesta a impedirlo. 7.º Afirmó que el mayor orden y respeto presidiría su gestión y organizó dos asaltos de pura cepa indígena. 8.º Ahora refiere las causas del conflicto a la reforma universitaria, etc., inexacto también; ha empezado a mencionarla en el primer número de un periódico obscuro recientemente aparecido y que edita.

Inter tanto las causas originarias del conflicto no aparecen, ni siquiera mencionadas, en este dédalo de contradicciones. Por otra parte, ya no le interesaba, según lo proclamó.

(Sin embargo, la Federación platense no estuvo sola. La Argentina, entre otras, en nombre de un primario concepto de solidaridad, la acompañó; desoyó las explicaciones del pleito estudiantil ofrecidas, en nombre de la disidencia, por Walter Elena, espíritu insospechable, y definió su posición servil frente al conflicto, toda vez que pudo prescindir del razonamiento inteligente. Rompía así, de pronto, a pesar de la actitud decidida de Ubaldo Isnardi, su magnífica tradición, evidenciada en oportunidades como la «semana trágica», el entredicho chileno-peruano, las tropelías de Lencinas, cuya parodia presenciáramos en La Plata, auspiciada por la misma Federación, que días antes, enviaba una embajada a combatir al nuevo Facundó).

Convencida, aunque tarde, de su programa subalterno, ha levantado otra bandera: renovación. Bien. Pero convengamos en esto: nuestra Universidad es, precisamente, la menos renovable. En este rango la coloca su juventud y su riguroso positivismo científico, tanto, como la organización de su gobierno interno. No sé de ninguna otra del país en cuyos Consejos se sienten representantes estudiantiles—estudiantes ellos mismos—con participación directa en todos los asuntos de su incumbencia y ejerciendo un contralor continuo.

Cuenta además con la docencia libre y la asistencia libre. Estas, como la anterior reforma, fueron aprobadas por el informe favorable de Ricardo Rojas.

¿Aspira la renovación a constituir el «tercio» en las asambleas electivas? Mucho temo que estimule, si no un escamoteo de urnas, el alzamiento contra los resultados electorales (2); sin embargo, es fácil obtener el resultado a que aspira aquella, propiciando candidatos aceptables. El intento de la Facultad de Derecho, verdad, fué infructuoso, pero, recordemos, el candidato estudiantil, aparte de sus prestigios de magistrado y profesor, expuso un programa de mayordomía... y se trataba de elegir decano.

En cambio el momento social es grave; lugar común que no desdeno repetir. El país no puede ser distraído con caprichos pueriles y reformas universitarias no más serias, máxime cuando se tienen las suficientes. Resolverá, acaso, sus problemas permanentes porque los señores tales o cuales, sostenidos por los alumnos, ocupen la presidencia o las rectorías de las Universidades? Lejos de eso. El país perdería, quizás, la de La Plata tal como la ideara su fundador ilustre. Para nadie es un misterio que entre los profesores más adictos a la

Federación, están Lafoné Quevedo, católico fosilizado, y Alejandro Korn, imbuido de cierta filosofía sospechosa. (Digo sospechosa, aunque, si bien, ignorante de su pensamiento filosófico,—no se le conoce ningún libro,—he advertido que concilia perfectamente con los intereses de la Colecta y de la Liga, para no citar sino estas dos instituciones típicamente reaccionarias).

Mientras tanto, la masa estudiantil es vigorosa. Orientándola en bien de la nación, sería una fuerza positiva. Hoy por hoy, está presa del delirio o snobismo maximalista y de un estéril afán renovador.

Sin embargo, el pensamiento íntegro de Alberdi está sin cumplirse. ¿Quiere darse programa mejor? La miseria cunde y el latifundio es la vergüenza nacional; la dictadura es la sombra de la patria; la paradoja del sufragio libre y obligatorio es un escarnio; una epidemia el analfabetismo; la mujer un ser inferior para la ley, y tantos y tantos otros problemas cerca de los cuales la «juventud renovadora» pasa indiferente.

¿Y por ahora qué ofrece? Confrontaciones dolorosas. Mucha gente pelea con el hambre, pero ella se da el lujo (la de La Plata, por ejemplo), de destruir cosas por valor de más de 20.000 pesos, pertenecientes al patrimonio común. ¡Pródiga generosidad!

## Deportes

### El frenesí de la patada

por  
Amilear Razori

LOS argentinos, más dados a la imitación servil que a la adaptación inteligente, no han querido ser menos que los griegos con sus olimpiadas, los romanos con sus circos y los españoles con sus corridas, consagrándose por entero a la celebración de una fiesta popular que se repite todos los domingos en una cancha, con dos palos en arco, veintidós hombres, cuarenta y cuatro piernas y una pelota.

Centenares y hasta miles de mujeres, hombres y niños, se reúnen para seguir, entusiastas, febriles, apasionados, descompuestos, fuera de sí, las evoluciones de la pelota, que va y viene, se eleva o salta, perseguida implacablemente por las cuarenta y cuatro robustas piernas, y manteniendo en suspenso, de modo angustioso, el alma popular. ¡Y es de ver la ruidosa, descomunal algarabía que estalla,—gritos, sombreros en alto, imprecaciones, vitores, aplausos—cuando la inocente pelota a impulsos de una patada maestra y genial, que conmueve el espíritu de los espectadores, tras pone una valla comando las aspiraciones vehementes de sus víctimas, que permanecieron extáticas, sin aliento casi, durante largo rato!... Entonces, unos aplauden y otros rugen; los hombres exteriorizan su contento enérgicamente, las mujeres admiran dulcemente emocionadas las piernas vencedoras y los niños sueñan con poseer unas idénticas, mientras veintidós férreas extremidades satisfechas se alinean frente a las restantes contritas, para disputarse otra vez, en fuerza de empujones, saltos, corridas y patadas, la inocente pelota. Y así, con una cancha, dos palos, unos cuantos hombres y otros tantos pares de piernas, los argentinos han reemplazado el circo de los romanos, las olimpiadas de los griegos y las corridas de los españoles.

Sin embargo, el fútbol presenta características muy superiores a las de aquéllos. La riqueza, el lujo y el sibaritismo que se

En cuanto al conflicto en sí sólo me resta agregar que sus causas han desaparecido, para bien de todos. La Facultad acusada se ha reorganizado con el candidato estudiantil como decano; sus planes han empezado a revisarse; las antiguas autoridades se han ido. Las de la Universidad, cuya clausura ratificó el Consejo, han dispuesto lo necesario para la recepción de exámenes en marzo y la apertura de cursos.

No obstante, la Federación platense anuncia una huelga general en toda la República; cuenta al efecto con el alto prestigio de la cordobesa.

¡Cuidado! Podría presentarse esta situación graciosa a fuer de ridícula: los estudiantes, todos, en huelga por un pleito inexistente, pues, en La Plata se rendiría examen y se concurriría a clase.

La disidencia cuenta, al mes de organizada, con más de doscientos adherentes; para entonces los habrá triplicado. La dignidad universitaria ganará con ella al destruir el concepto de solidaridad a lo Parnurgo.

(1) Las columnas de CLARIN quedan a disposición—de más está decirlo—de los varios grupos que han adoptado diversas posturas en el entredicho platense. N. de la R.

(2) Todos recuerdan las incidencias a que dió lugar la elección del Dr. Palma para decano de la Facultad de Medicina de Bs. As. El Dr. Méndez, elegido después, tuvo que renunciar el cargo por discrepar con sus «mandantes» acerca del examen de ingreso.

miradores ruegan fervorosamente por su salud, y si por desgracia muere, el dolor ciudadano levanta su túmulo. Los específicos solicitan sus opiniones para la creación; potentados e influyentes señores ejercen una tutela protectora y paternal sobre su vida, y hasta el gobierno lo ubica en un puesto público para que goce de tranquilidad y perfección sin contratiempos, para bien de la patria, el poder de sus piernas. Fuertes instituciones vigilan y disciplinan la práctica del fútbol, hacen votar leyes y hasta plantean conflictos internacionales como consecuencia de conflictos futbolísticos, a tal punto, que dos problemas dividen a los uruguayos de los argentinos: la jurisdicción de las aguas y la superioridad en el fútbol.

La admiración popular hacia los hombres de piernas fuertes, más conocidos, mimados y glorificados que aquellos pocos argentinos de extremidades cortas pero enten-

dimiento largo, se extiende también a las cosas del fútbol. ¡Quién no ha visto a la multitud extática ante una vidriera, mirando religiosamente una sucia pelota con la cual se jugará el último partido donde se puso en salvo el honor nacional! Si los futbolistas argentinos derrotaran siempre a los de otros países, nosotros seríamos, por fin, la primera nación del mundo. Y si el progreso se impulsara y marcara en fuerza de empujones y puntapiés, ¡quién sabe qué lugar ocuparíamos!

Este frenesí de la patada se nos antoja, por último, un signo elocuente de nuestra idiosincrasia, pues, donde las piernas fuertes, ágiles y férreas tienen tanto valor, un valor superior, justo resulta que todo marche como si se orientara con las extremidades inferiores.

Rosario, enero de 1920.

## La explotación del vicio y el horror al lujo

por

Juan B. Bellagamba

MUCHOS de los que aceptan el impuesto a la tierra y aún de los que son partidarios de la apropiación de toda su renta por el Estado, están en desacuerdo con el georgismo, porque creen que el gravamen al valor del suelo no debe ser la única fuente de recursos fiscales.

Para ellos existen otros impuestos que son convenientes y necesarios, como los que se aplican al lujo y al vicio, es decir, a lo superfluo y a lo pernicioso. Sin hacer casi diferencia alguna entre ambas cosas—fundamentalmente distintas—abominan con igual pasión el consumo de los artículos no estrictamente necesarios y el de los productos nocivos a la salud. Sólo lo que las clases actualmente pobres necesitan, es digno de la excepción de impuestos; lo que les hace daño y lo que no pueden adquirir, es por igual nocivo y por igual hay que castigarlo con toda la saña fiscal.

Entre los vicios más funestos, el alcoholismo y el juego ocupan el primer lugar. No hay duda de que conviene combatirlos y mucho más aún suprimirlos, pero, ¿de qué manera? Algunos que creen profesar ideas avanzadas, insisten en el encarecimiento de las bebidas alcohólicas, por medio del impuesto, para restringir su consumo. Aunque eso se ha efectuado sistemáticamente desde hace mucho tiempo, los resultados han sido poco halagadores. El alcohol es un producto barato por naturaleza, y en muchos países, la Argentina entre ellos, se procedió a aplicar impuestos a los licores espirituosos, que representan cinco, diez o más veces el costo de la materia prima. En otros países, como en Rusia, antes de la guerra, el Estado se convirtió en fabricante de licores, realizando el pingüe negocio de comerciar con un artículo de enorme consumo popular—monopolizado por él—y que se vendía a un precio muchas veces más caro que su valor de producción. Con ello los gobiernos tuvieron copiosos ingresos, pero las terribles consecuencias del espantoso flagelo, fueron cada vez más alarmantes... Y en esta situación es cuando se pretende continuar con semejante política fiscal, haciendo del Estado, es decir, de la comunidad, un explotador del envilecimiento del pueblo; estableciendo el interés en que éste consuma cada vez más bebidas alcohólicas, para que se puedan mantener

más presidios, hospitales y manicomios, abundantemente poblados por el alcohol.

Si el alcohol es un veneno, prohibase su fabricación y expendio, pero no se haga del motivo de lucro para el Estado, que necesita para atender los servicios públicos, recursos sólidos, cuyo aumento constante sea índice de progreso y no dé motivos de preocupaciones y alarmas.

Y lo mismo podemos decir del juego. Este mal social ha constituido siempre y constituye ahora una fuente de ingresos fiscales. Por el hipódromo y la lotería, el Estado recauda sumas ingentes y el aumento de los impuestos al juego disminuye las ilusorias posibilidades de ganancias de los jugadores, sin restringir la insana pasión. Jamás se ha jugado tanto como desde que se aumentó el precio de los billetes de lotería y el de entradas a las carreras de caballos...

Tal vez, en las actuales circunstancias, sea imposible suprimir de raíz el vicio del juego, pero aunque éste no desapareciera con la clausura del hipódromo y la supresión de las diversas loterías, es indudable que con tal medida no asumiría ya las proporciones nefastas que conocemos. Y sobre todo, que no se convierta el Estado, ¡por favor! en coimero de carreras hípias o empresario de loterías, sin lograr con ello otra cosa que fomentar ese mismo juego que se dice combatir...

Dejemos, pues, de complicar el sistema impositivo con las medidas de higiene social, haciendo del Estado un explotador del vicio y si lo que se busca es realmente su exterminación, vayamos con decisión a ella, con una política francamente abolicionista.

\*\*\*

No menos numerosos que los partidarios del impuesto al vicio, son los que sostienen la necesidad, conveniencia o lo que sea, de imponer fuertes tributos al lujo.

El móvil, no siempre confesado, por los que tales impuestos defienden, es el odio al rico o al que puede gastar cosas caras. Los impuestos actuales recaen proporcionalmente en forma más pesada sobre el hombre de escasos recursos, porque gravan artículos de necesidad imprescindible, de lo que el potentado no hace mucho mayor consumo que el pobre, de modo que en rela-

ción a sus ingresos éste último siente muy duramente el peso de la actual explotación fiscal, y es natural, entonces, que urge, no la reducción de esos gravámenes al consumo, como suelen sostener algunos de los que se dicen «avanzados», sino la supresión inmediata y absoluta de los mismos, lo que es posible solamente mediante la adopción del impuesto único.

En los últimos tiempos se ha puesto de moda la curiosa teoría de que al reducirse o suprimirse los tributos a los artículos de consumo popular, ha de aumentarse, más o menos en la misma proporción, los impuestos llamados al «lujo».

Si los que eso sostienen, fueran espíritus conservadores, partidarios de la intangibilidad del valor del suelo, defensores de la apropiación privada de la tierra y enemigos por consiguiente de todo tributo que grave el privilegio territorial, resultaría lógica esa defensa de los impuestos al lujo, puesto que al no tocar la tierra—permitiendo a sus «propietarios» el disfrute íntegro de la renta, que es un valor social,—forzosamente el Estado se ha de apropiarse de las ganancias de los que trabajan y ha de encarecer el consumo con impuestos y gabelas. En ese caso, naturalmente, es siempre preferible aplicar tributos a lo superfluo, antes que a lo indispensable y por aquello «del mal el menos», habría que aceptar esos impuestos al lujo y aún el llamado impuesto a la renta. Pero es el caso de que, los que con más calor defienden los tributos que podríamos llamar suntuarios, no se oponen al ideal georgista de la absorción de toda la renta territorial por el Estado y saben que con esta sola medida el Estado por lo menos cuadruplicaría los ingresos actuales, haciendo absolutamente innecesarias las otras fuentes rentísticas, de manera que sólo considerando pernicioso eso que denominan «lujo», se explica la persecución fiscal de que quieren hacerlo objeto.

No quisiera creer, que esa especie de horror al lujo sea fruto del odio o envidia que algunos profesan a los hombres de fortuna, a los que quisieran amargarle la vida en toda forma. Por ese camino se llega fácilmente a un sectarismo inconducente y estéril, que no beneficia a nadie. Hace recordar la actitud de aquellos hambrientos que espían el suculeto yantar de los potentados y que en lugar de anhelar para sí mismos la sabrosa pitanza que no podían disfrutar, deseaban fervientemente que aquellos favorecidos se vieran en su triste situación, compartiendo su hambre diaria...

Las cosas no estrictamente necesarias para la vida, pero que la embellecen y la hacen más noble, no deben estar más al alcance exclusivo de una minoría. En lugar de pretender perjudicar al rico, encareciendo su lujo, tratemos de que todos puedan disfrutarlo. Las obras de arte, las telas finas, las casas lujosas, etc., no constituyen nada reprochable, sino que, por el contrario, son una manifestación de progreso y de cultura. Hoy día sólo las clases socialmente ricas pueden gozar el lujo, porque la mala organización social imperante basada en la propiedad privada de la tierra, impide que el trabajador posea el valor íntegro del producto de su trabajo. Con el imperio del georgismo, tal cosa será imposible, porque no existirá ya una clase terrateniente que se apropie, con el continuo acrecentamiento del valor del suelo, de toda la labor de la sociedad. Y a eso debemos ir, resueltamente: a garantizar a cada cual el derecho de disfrutar lo que gane con su trabajo, y ojalá que con el aumento de la producción y el perfeccionamiento de la humanidad, en un porvenir cercano, todos los hombres, sin excepción, puedan superar el lujo actual, de los potentados del presente.



## Notas sobre Rusia

por

Julio Alvarez del Vayo

*Tan contradictorias son las noticias que de Rusia llegan, que contribuir a echar un poco de luz sobre la revolución política y social operada en el antiguo imperio moscovita, es labor harto necesaria hoy. De ahí que transcribamos el presente artículo.*

## El verdadero peligro

LOS sociólogos están perdidos. El miedo es igualitario y ante él como ante la muerte desaparecen las clases. Con el mismo desenfado habla hoy de los peligros del bolchevismo una portera que el más respetable miembro de la Academia de Ciencias Políticas.

Cada cual siente la amenaza a su manera. El hombre de suerte que sale del club favorecido por una racha de «encarnados»; la dueña del burdel que al hacer el balance piensa horrorizada en esa ley repugnante de la socialización de las mujeres; el hombre de ciencia que vive de ella y para ella y ve a sus hermanos de ciencia condenados en Rusia a los más bajos menesteres de la limpieza urbana; y el nuevo rico y el que tiene una cartilla en el Monte, y el que sueña con tenerla... todos han sabido un momento lo que es el bolchevismo. Si después se hicieron un lío, la culpa es de la prensa.

Será difícil encontrar en los anales del periodismo un caso semejante. Jamás se vio una turbamulta tan osada de mediocres reporteros erigidos en intérpretes de la tragedia de un pueblo.

¡Esta falta absoluta no sólo de preocupación por la verdad, sino de todo sentido histórico! ¡Ese juzgar de un hecho sin precedente en la historia, con el criterio ruin y pueblerino del que comentó un suceso local! Defenestrar a especular sobre si Trotzky usa calcetines de algodón o de seda; si Bela Kun se provee de millares de estupendos cigarrillos; si las madres de los hijos arrancados a su amor por la ley de los Soviets, supieron retroceder sobre el pavimento atacadas de locura... ¡Esa manera de mezclar lo pseudo-trágico, lo doloroso, lo inevitable y lo grotesco en el mismo comentario sórdido!

Ellos son el verdadero peligro. Desde las columnas de los grandes periódicos laboran cada día, con tenacidad y fecundidad insuperables, en pro del entortecimiento del mundo.

No en nombre del bolchevismo; por el prestigio de la inteligencia, o porque nuestros nervios no pueden aguardar más tanta grosería espiritual, hora es ya de gritarles que se callen.

## La información inteligente

Para alivio nuestro y dignificación del oficio registrase algunas honrosas excepciones. A los nombres de Ransome y Price, corresponsales en su tiempo del «Daily News» y «Manchester Guardian» y del alemán Alfons Paquet, hay que añadir ahora el

de W. T. Goode, cuyos artículos desde Moscú, publicados estos días en el «Manchester», forman la nota más reciente y una de las más interesantes sobre la Rusia de los Soviets.

Ninguno de ellos es bolchevique. Paquet y Price sienten quizás más profundamente la innegable grandeza de la revolución rusa, sin que esto les lleve a negar las torpezas que hayan podido cometerse o los excesos de sangre. Ransome era conocido en Inglaterra, antes de guerra, como biógrafo de Oscar Wilde; no es ni siquiera socialista. Mr. W. T. Goode, da la impresión de un simple observador frío e imparcial.

Ninguno de ellos es bolchevique; pero los cuatro son inteligentes. Los cuatro han estado en Rusia y la han visto de cerca y no a través de una serie de recortes tendenciosos y de telegramas falsos.

## No todo es sangre

Una cena en la terraza del Eremitage. Alfons Paquet acaba de llegar a Moscú y ha ido con un amigo al famoso jardín de verano. Es el año 18. La población agoniza desde hace meses—así nos lo ha comunicado la gran prensa—bajo la más terrible y espantosa tiranía que pueblo alguno conoció jamás. Mueren—también nos lo decían los telegramas de aquellos días—las gentes a millares. Nuestro autor contempla absorto el cuadro que allí se le ofrece.

Sentados a las mesas se ven algunos marineros y gente elegante. Un público compacto en que se confunden proletariado y burguesía va de un lado a otro del jardín. Alternan los «couplets» vieneses con alguna que otra canción popular rusa. Llega la hora de pagar y entonces la realidad se acerca más a lo que uno había oído desde fuera. Un par de chuletas, ensalada, una botella de agua mineral y café le cuestan a Alfons Paquet y a su amigo 110 rublos. Por lo demás ninguna ejecución de sobremesa que reseñar. Sin catafalco rojo y sin guillotina, el Eremitage tenía, aquella noche al menos, todo el aspecto de un jardín alegre y divertido.

Otro día es el Gran Teatro de Moscú. Celebrábase un meeting-concierto, uno de esos espectáculos mixtos de concierto sinfónico y de meeting político que ha impuesto la Revolución. Su raíz filosófica está en el deseo de compenetrar la política con el espíritu de la música. La orquesta toca la Quinta Sinfonía de Beethoven, la Obertura de «Tannhäuser» y el «Fausto». Terminado el concierto los oradores suben a la tribuna. Lunatscharski, Comisario del pueblo, a quien acaban de encargar de la Instrucción Pública, habla de las relaciones entre la música y la Revolución y de la libertad y la belleza de la época que se acerca.

Vienen después los episodios dolorosos: multitudes que cruzan ante nuestra vista famélicas e impacientes: fábricas donde se lucha contra la carencia de materias primas o la falta de personal técnico; atentados políticos; ejecuciones en masa de contrarrevolucionarios; de espías, o de elementos casi afines. La tragedia inevitable.

Nada del dolor y los sufrimientos que una

Revolución trae forzosamente consigo, han tratado de ser escamoteados en el libro de Paquet. Ahora que aquí no todo es sangre, ni se habla únicamente, en pésimo estilo folletinesco, de torpezas o crímenes. El relato se sostiene a través de las páginas movido, humano y verosímil.

## Arte y Pedagogía

En uno de sus últimos artículos del «Manchester Guardian» (22 de Octubre de 1919), Mr. Goode, enviado especial de dicho periódico en Moscú, habla de lo que los bolcheviques han llevado a cabo en el terreno del arte y la educación.

Mr. Goode ha ido a visitar varias veces la escuela de la Plaza Ekaterinsky, donde residen trescientos instructores reclutados de distintos sitios de Rusia, por los Soviets locales. Los chicos que allí estudian pertenecen en su mayoría a familias de obreros, sin que los demás sean excluidos. Hay clases para campesinos y clases para los que probablemente más tarde habrán de trabajar en las fábricas.

Clases para estudios técnicos y clases de arte y de música. Al frente de la escuela se hallan personas expertísimas. «El resultado—escribe textualmente Mr. Goode—es una actividad que al contemplarla me daba casi envidia. Los muchachos estaban muy bien cuidados, su salud era excelente, su manera de conducirse admirable y sus inteligencias se desarrollaban rápidamente.»

No es la primera vez que el sugestivo corresponsal del «Manchester Guardian» visita Rusia. En 1911 estuvo en Moscú, e interesado siempre en los problemas pedagógicos, se le presentó ocasión de visitar varios centros de enseñanza.

Pues bien, después de explicar el funcionamiento actual de las Escuelas rusas, Mr. Goode concluye: «Entre 1911 y 1919 no hay duda que los honores corresponden a los bolcheviques.»

Desearo de informarse sobre la actitud de las Universidades, el corresponsal del «Manchester» ha ido a ver al gran botánico Profesor Timitiasev, que vive a unas cincuenta millas de Moscú.

Los Profesores universitarios—le ha dicho el célebre sabio—están divididos. Una minoría se ha declarado por los bolcheviques, «convencida de que éstos trabajan sinceramente por el bienestar de Rusia. La mayoría, particularmente los Profesores que deben su cátedra al viejo régimen, continúa hostil al gobierno de los Soviets. Por lo demás—añadió—algunos de ellos cambiarán de parecer bien pronto, y a los que se obstinan, el progreso de las Universidades populares les colocará en la posición de profesores sin alumnos.»

Trata después Mr. Goode de los Teatros, socializados, con excepción del Teatro de Arte y del «Ballet»; del museo Tretyakovsky, más completo que nunca y cuyas salas están ahora casi siempre atestadas de gente, y termina su artículo con las siguientes palabras: «Tengo que confesar que el régimen bolchevique, lejos de significar la desaparición del Arte, ha creado condiciones favorables a su estímulo y progreso; esta actitud se refleja en una frase de Lunatscharsky, cuando hablando de los teatros, el baile y los museos decía: Tenemos aquí los materiales de una espléndida cultura que no deseáramos ver morir.»

(De «España»).

Quien no sabe lo que quiere, debe resignarse a hacer lo que quieren los otros.

FOSCOLO.

## Sobre Galdós

«Le vemos viajando calladamente por España—escribe Azorín—conoce las ventas, fonditas y casas de huéspedes; ha platicado en coches de tercera con labriegos, tratan en ganado, feriantes, cómicos pobres, menestrales, empleados modestos, estudiantes. En Madrid ha correteado por las calles y escondrijos; la comedia política también la ha explorado y sabe de ella; en resolución, este hombre suave, bondadoso, taciturno—pero sin agresividad—ha recogido en su cerebro durante treinta, cuarenta años la esencia de la vida española, de las costumbres españolas. Y no es irregular en su vida, como Balzac; no tiene alzas espléndidas, ni depresiones angustiosas; no escribe a temporadas durante veinte horas seguidas, y ninguna, en otras temporadas; no es febril, no es impetuoso, no es arrebatado, no es lírico. Todo en él es sencillo, uniforme, tranquilo, regular, constante. Su persona da también esta impresión; su semblante mate, sin llamaradas, nos ofrece igualmente este espectáculo. Rodin no podría dar a su estatua el aspecto de violencia, de tensión y de esfuerzo que tiene su efigie de Balzac.»

Azorín

## Tipos

## Periodistas de antuvión

LOS diaristas siguen improvisándose en provincias con deliciosa frecuencia. ¡Aquí si que puede decirse que cualquiera es periodista!...

En las grandes capitales el periodismo se improvisa, pero el complicado engranaje de un rotativo lo cepilla al momento, lo educa en parte, y si quiere abandonar su puesto de gacetero ascendiendo, fuérase en un aprendizaje cultural que ya quisieran para sí muchos universitarios. En las pequeñas capitales no sucede eso, ni mucho menos. Periodista, en realidad, es cualquiera, y de antuvión. Un tipógrafo emancipado monetariamente, un holgazán vulgar, o un versificador de los de trece en docena, lo mismo da para el caso. Y de no, un político, «mucho más pior» según se ve.

El solo hecho de redactar una crónica o una noticia, les ofrece la tentación de irse hasta el editorial que no controla nadie capaz, y de ahí, a la dirección del pequeño diario, como la cosa más fácil. Obtenida la dirección, el asunto se simplifica mucho más aún. Basta con adoptar una actitud seria, circunspecta, estirada, colocando en la pluma el veneno posible, substituyente de las ideas en huelga, y plato fuerte que agrada—por la pimienta y el ajo abundante—al paladar atrofiado del lector semiculto.

La moral periodística, ¡ay!, se conoce cinematográficamente, y eso, no siempre. En política, ya se sabe, se está con el gobierno o contra el gobierno. Los cerebros rudimentarios no saben otro camino para ellos ni lo conciben para los demás. Si se es del gobierno, hace falta la más servil de las elasticidades dorsales, si no se es, hay que recurrir a la más rencorosa, intransigente y calumniosa prédica que no desperdicie la mínima oportunidad de «darle un palo» a las autoridades, acierten o yerren.

Las miserias que se ven andando en estas cosas! De escribirlas tal cual son, si quiera para que se enteren los lectores des preocupados de la Capital Federal, harían falta tiempo y papel en qué detallarlas. Imposible decir la ruindad espiritual que se halla en ciertos y determinados tipos

plumíferos de por aquí, si no es intentando el esbozo del tipo mismo. Hemos de intentar en días de mayor tranquilidad. De acertar en la empresa, diremos con la mayor concisión posible, cómo visten, cómo piensan, cómo escriben, cómo viven, cómo «trampean», cómo se pavonean en la plaza los días de retreta, cómo bufan, y, por fin, cómo escriben. A fe que si no acertamos en el esbozo que ofrecemos no será por culpa de ellos, pues les está sobrando virtudes que los represente de cuerpo entero, sino por defectos del objetivo de nuestra máquina. De cualquier manera, los tipos valen la pena, aunque más no sea como documentos para aquellos que, andando el tiempo, deseen conocer la verdadera historia del espíritu, del cerebro que animó estos días que corremos.

Protasio Lucero

Salta, enero de 1920.

## Tiros al aire

## Holgazanería

El señor Irigoyen y los secuaces del «Apóstol» se enorgullecen de su falta de respeto al Parlamento. Es que parece ser que el Congreso—según aseguran—está compuesto, en su mayoría, de haraganes.

Resulta curioso que sea el señor Presidente quien se anime a sermonear: él, precisamente, que ha desquiciado la administración pública y que no olvida, aún en la Casa Rosada, su alto cargo de jefe máximo del radicalismo, que pierde su tiempo en recibir a los correligionarios.

Pero resulta aún más curioso que muestre tal desprecio por el Poder Legislativo. ¿No están allí conspicuos miembros de su facción política?... ¿O es que son ellos, casualmente, los más haraganes!...

## Los 1.500

Los diputados socialistas no escarmientan nunca: cada vez que se les presenta alguna oportunidad proponen la rebaja de las dietas. ¡Hay que ver entonces el susto de los otros sectores!...

Bien por Justo y su reincidencia.

## Huelga de canillitas

«La Razón» ha caído en desgracia. Por una parte le han salido competidores temibles y «los de la casa» lo saben; miran con horror la venta de «Tribuna Popular» y de «La Unión». Por otra, los vendedores se niegan a vocearla, a raíz de la huelga.

La Asociación Gráfica, como de costumbre, anda alborotada. No es para menos: en la cuestión se trata de «centavos»; no de «principios».

## Incitando al crimen

«Tribuna Popular» del 10 de enero, refiriéndose a los carteles de la L. P. A., afirma:

«Ese cartel es una incitación al crimen, decimos. Y «Tribuna Popular» al hacerlo público tiene el valor de denunciar lo que todos los diarios callan. Cae directamente

bajo la sanción de la ley 7029, llamada de defensa social, de la que tanto uso se ha hecho en los últimos tiempos contra trabajadores que habían dicho a otros unas palabras calificadas de insultos o amenazas. ¿Por qué no se ha enterado la policía de esa incitación, que tiene responsables visibles y conocidos, que hacen de ella una jactancia? ¿O es que la ley 7029 es solamente para los que trabajan en los talleres y fábricas, aunque no lo diga su texto escrito?

«Ese cartel tergiversa intencionalmente el sentido de la ley, lo que aumenta más todavía la responsabilidad de sus autores. Puede inculcar en las mentes sencillas la idea de que el código penal consagra el derecho de matar en cualquier circunstancia y que cada particular puede ser juez de esas circunstancias. Los que tal hacen son delincuentes. Lo son ante la ley y ante los principios morales.»

De acuerdo.

## De la revista «España»

...En la vida española van apareciendo hombres ocupados y preocupados en hacer su propia felicidad, exclusivamente. Estos hombres se unen con otros hombres que piensan lo mismo, e inmediatamente son calificados como elementos destructores. Y se da el caso de que estos hombres «destructores» son los únicos que construyen. ¿No es cómico que un señorito maurista considere elemento destructor a quien construye, esto es, a un albañil?

## Dios y el cemento armado

En el reciente terremoto de Méjico sucedió, entre otras, la desgracia de que la torre de una iglesia se desplomó y mató a numerosos fieles, quienes (lo peor que podían hacer) se metieron en la iglesia para impetrar la protección divina contra el terremoto.

La construcción, que era de piedra, no pudo mantenerse, al perder el aplomo, debido a los sacudimientos del suelo. Si hubiera sido de acero y cemento armado, probablemente se habría sostenido.

Si los vecinos sobrevivientes quieren aprovechar la lección (y si consideran indispensables las iglesias) construyanlas en lo sucesivo, no de piedra o ladrillos, sino de cemento. De ese modo, si desgraciadamente ocurre otro terremoto, aunque vayan a rezar a la iglesia, quizá no se les caiga la torre encima.

Tengan menos confianza en Dios... y más en el cemento armado.





Ediciones "Virtus"-Florida 32  
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

# CeDInCI



ab imo  
péctore